

Anthony, Ex-Mormón, Estados Unidos



Comienzo en el nombre de Allah, el Compasivo, el Misericordioso.

Una noche, no hace mucho tiempo, comencé a cuestionar mi creencia en la pureza de la Biblia. Debido a esto, me sentí deprimido. Sabía que Dios estaba ahí, y sabía que Él había hecho descender Su religión para los hombres, pero no lograba hallarla. ¿Por qué era tan difícil de encontrar? Oré y le pregunté a Dios, ¿por qué hiciste descender una escritura (la Biblia) y permitiste que hubiera defectos en ella? Mi Señor había estado respondiendo mi pregunta incluso desde antes que la formulara.

Alrededor de dos años antes de este punto, cuando tenía dieciséis años, tuve un anhelo religioso. Era como una sed que no podía extinguir. Pensé que estaba satisfecho con mi religión del mormonismo. ¡Pero la verdad es que no estaba satisfecho! Era como si Dios me estuviera llamando. Decidí poner las Escrituras bajo escrutinio. Hice a un lado mi Libro de Mormón, y tomé la Biblia. La estudié desde una perspectiva distinta a lo que mi religión me había enseñado, ya que mi religión me enseñaba cómo interpretar la Biblia en una forma muy específica y “oficial”. En lugar de ello, la miré no como alguien que no tiene religión, sino como alguien que quiere seguir las Escrituras al máximo.

Mientras la estudiaba, me di cuenta de que Cristo enseñó sólo a los judíos. Él no le predicó a nadie sino a los hijos de Israel. Estudiando de cerca su vida, me di cuenta de que este hombre no había seguido ninguna religión existente en la actualidad. Él fue un seguidor de la ley de Dios tal como le fue enviada a los judíos en el pasado. Allí mismo, mi religión era cuestionable. También leí en el libro de Hechos de los Apóstoles que los apóstoles no comían cerdo ni ninguna otra comida que hubiera sido prohibida por Dios con anterioridad. En los otros libros, los seguidores de Cristo, que la misericordia y las bendiciones de Dios sean con él, seguían todas las leyes y tradiciones que Dios había hecho descender en el pasado. Ni mi religión ni ningún otro cristiano que yo conociera seguían este ejemplo.

Estudiándola aún más en profundidad, vi que todas las iglesias cristianas se basaban en las enseñanzas de Pablo, cuyas cartas en realidad contradicen muchas de las palabras de Jesús. Ahora sabía que mi religión sin duda era cuestionable.

Creía en un solo Dios, creía en Jesús, creía en Moisés, creía en Noé y creía en todos los demás Profetas que predicaron la adoración al único Dios. Pero, ¿qué otros libros existían que pudieran remplazar a la Biblia? Creía que no existía ninguno.

Entonces recordé lo que un viejo amigo musulmán me comentó. Me dijo que los musulmanes creen en el Corán, en el Único Dios Verdadero y en todos los Mensajeros de Dios, lo que incluye a todos los Profetas del cristianismo y del judaísmo. En ese momento, tomé un libro que explicaba el Islam a un nivel muy básico. Fue una fuente importante para mí. Comencé a entender el Islam mucho más, y lo encontré interesante.

Después de esto, busqué en Internet cosas sobre el Islam. Encontré algunos sitios con argumentos en contra de las creencias cristianas, y estudié a fondo sus argumentos. Explicaban cómo muchos cristianos no seguían sus escrituras tan de cerca como debieran. En verdad los sitios musulmanes fueron confirmando lo que yo ya sabía.

Mi interés en el Islam creció. Decidí pedirle a mi vecino que me prestara su Corán. Lo leí en unas pocas semanas. Lo amé y creí cada palabra que decía. Sin embargo, no podía creer que la historia de la crucifixión fuera falsa. Mi cerebro había sido lavado de tal forma por la Biblia que no podía aceptar la verdad en ese momento.

De modo que, cuando llegó la noche en la que finalmente perdí toda mi confianza en la pureza e incorruptibilidad de la Biblia, decidí mirar de nuevo al Islam. Durante esos dos años, supe en mi corazón que la verdad estaba en el Islam, pero sencillamente no podía permitirme aceptarlo. Había razones personales para mi terquedad, razones plantadas en mi corazón por Satanás. Esa noche comencé en Internet mi nueva búsqueda espiritual. Visité muchos sitios *web* y pedí información a muchos de ellos. Leí algunos datos interesantes sobre el Corán, y me dije a mí mismo que ese podría ser el camino al que Dios me había llevado. Pero aún era demasiado pronto para saberlo.

Justo antes de apagar el computador, pedí más información sobre el Islam. Unos pocos días antes, un representante de uno de esos sitios me envió un correo electrónico. Me agradeció por mi interés en el Islam, y me dijo que podía escribirle en cualquier momento si tenía preguntas respecto del Islam.

Entonces, iniciamos un diálogo en línea. Él me brindó una gran cantidad de información sobre el Islam. Le hice una pregunta profunda: ¿Cómo les prueban los musulmanes a los cristianos que la crucifixión no ocurrió? Él quiso reunirse

conmigo para discutir ese tema, y yo accedí. Nos encontramos en una pizzería del barrio. Nuestra discusión me dejó asombrado. Él me mostró versículos de la Biblia que yo siempre había pasado por alto. Me dejó un Corán y una conferencia en CD. Tan pronto como regresé a casa, supe que esta era la religión de Dios, pero no quería precipitarme. En lugar de ello, la estudié aún más.

Todos mis estudios me llevaron a la misma conclusión: El Islam es el camino de Dios. Sin embargo, tenía miedo de convertirme. Convertirse es una decisión de vida, y yo no estaba dispuesto a tomar esa decisión a la ligera.

Un día, el hermano que conocí me llevó a la oración del viernes (la oración del *Yum 'a*). La noche anterior, Satanás me atacó con toda su fuerza. Él sabía que yo iba a decir la *Shahada* (la declaración pública de que no existe divinidad sino sólo Dios, y que Muhammad es Su Mensajero), y por lo tanto me convertiría al Islam. Toda la noche, me estuvo susurrando cosas en mi corazón, tratando de mostrarme que el Islam no era el camino a seguir. De hecho, sus insinuaciones fueron tan intensas que no dormí más de una hora esa noche. Seguí orando a Dios, leyendo el Corán y oré un poco más. Satanás puso tantos pensamientos en mi cabeza que incluso llegué a creer que nunca me convertiría.

Alrededor de una hora después de haber caído dormido, mi madre me despertó diciéndome que tenía que cuidar a los niños hasta que ella regresara del hospital. Mi hermanito pequeño tenía un fuerte dolor en el dedo y ella creía que se lo había roto. Necesitaba que me quedara en casa con los demás niños para que ella pudiera llevarlo al doctor. No esperaba volver a casa hasta las seis de la tarde.

Cuando escuché esto, supe que no iría al servicio de la oración del *Yum 'a*. Tenía que quedarme en casa con los niños en el momento en que la oración comenzaba. El hermano me llamó, me preguntó si estaba listo y le conté la historia. Él me explicó que se sentía particularmente triste porque ese viernes era el único viernes que tenía libre para llevarme allí, incluso me dijo que podía llevar a los niños conmigo, Me imaginé que ellos se sentirían incómodos allí, por lo que le dije que no. Le dije que me llamara en media hora. Quizás tendría una solución para entonces, pero en mi interior no esperaba ir.

Hablé con mi madre y le pregunté si era posible que me fuera. Ella encontró algo de dinero extra para que los niños fueran con ella, liberándome de tener que cuidarlos. Agradecí a Dios por este pequeño milagro, pues este evento cambió mi vida. El hermano musulmán me dijo después que había confiado en que Dios me llevaría a la mezquita ese día. Cuando se enteró que yo no iba a ir, oró a Dios sabiendo que yo no tenía opción en ese asunto. Si yo iba a hacerme musulmán, sería Dios quien me llevaría a hacerme musulmán. Si yo no iba a convertirme en musulmán, esa sería la voluntad de Dios.

Cuando el hermano escuchó que yo podía ir, se puso muy contento. Me recogió poco después. Ya en el camino, me sentí enfermo. Tuve náuseas,

debilidad, mareo, era como si fuera a derrumbarme. Era Satanás que me hacía esto. Estaba desesperado por alejarme de la mezquita y me hizo pensar que me sentía demasiado enfermo para ir. De hecho, no eran más que los efectos secundarios de haber dormido tan poco la noche anterior.

En el auto camino a la mezquita, le dije al hermano que estaba pensando en cambiar mi opinión respecto a hacer *Shahada*. Él me dijo que la decisión era mía, pero que tuviera cuidado con las dudas que Satanás pone en la cabeza de uno. Durante un tiempo, hablamos en el auto sobre Satanás susurrándole a la gente en sus corazones, y cómo Satanás trata de alejarlo a uno de la luz. Me explicó que sólo los musulmanes y los no musulmanes que están en camino a hacerse musulmanes, se ven muy afectados por Satanás. Dijo que los no musulmanes generalmente se quedan solos, porque Satanás no necesita distraerlos de Dios, ya que ellos ya están alejados de Él. Me explicó que la noche anterior todos los pensamientos que inundaron mi mente provenían de Satanás, quien puso muchas dudas en mi cabeza en una noche para alejarme de la luz. Así de desesperado estaba Satanás, pues él sabía que yo iba a hacer mi *Shahada* al día siguiente y trataba de evitarlo.

Fuimos a la mezquita y el hermano me enseñó cómo hacer ablución (*Wudu*, limpiarse uno antes de la oración). Después de la ablución, me sentí completamente nuevo y las náuseas salieron de mi cuerpo. Ni siquiera estaba pensando más en la enfermedad, simplemente me sentía bien de estar en un lugar donde Dios es adorado. Nos acercamos al director y le dijimos que yo quería hacer la *Shahada* ese día después del servicio. Él sonrió y me felicitó con un cálido abrazo. Otro hermano que nos había escuchado hizo lo mismo. Dijo: “Dios te bendiga, y felicitaciones”. Se trataba de gente hermosa, la gente de Dios. Esta era la clase de gente que yo quería ser.

Durante el servicio, el *Imam* sorpresivamente dio su discurso acerca de los susurros de Satanás en los corazones de los hombres en un intento de alejarnos de la luz. Eso me dejó en estado de conmoción total. El hermano estaba hablándome sobre ello en el auto, y por una coincidencia sorprendente, el *Imam* pensó que lo mejor ese día era hablar sobre los susurros de Satanás. Esto, creo, era Dios enviándome Su mensaje, diciéndome que ignorara a Satanás. No podía esperar para declarar la *Shahada*, y cuando llegó el momento después del servicio, me precipité hacia el frente.

Después de declarar públicamente mi Islam, creo que cada hermano musulmán presente ese día se me acercó y me abrazó. Había al menos unos cuantos cientos de hermanos presentes, de modo que pueden imaginar cuántos abrazos recibí. Ellos me felicitaban diciendo: “Dios te bendiga, tomaste la decisión correcta”.

Dos fuerzas estuvieron trabajando ese día, Satanás y Dios. Pero la fuerza de Dios es tan poderosa que no pude resistirme, y por ello me sometí a Él en el Islam.

El hermano me dijo que el mayor regalo que Dios nos da en este mundo es el Islam. Este regalo debía conservarlo por el resto de mi vida, si era la voluntad de Dios (*in sha Allah*). Me dijo también que nunca había asistido a un servicio del viernes en el que el *Imam* hablara sólo acerca de los susurros de Satanás. Dijo que el tema era mencionado ocasionalmente, pero que en realidad casi nunca se le dedicaba un servicio completo.

Rezo para que mi historia ayude a aquellos que van por la misma lucha mental que yo tuve con Satanás. Mi experiencia es tan sorprendente para mí que realmente no puedo describirla en palabras. Rezo para que aquellos que lean esto sean capaces de vencer a Satanás del mismo modo que yo pude hacerlo ese día.

As-salam 'alaikum. Que Dios te guíe y me guíe.